

LO RARO EN LA HISTORIA

Las Riquezas, la Moneda y el Oro

HERNANDO GAITAN L.

*El amor por el dinero es
la causa de todo mal.*

*(De la Epístola de San Pe-
dro a Timoteo).*

— * —

Pon dinero en tu bolsillo.

(Shakespeare. Otelo).

— * —

*Poderoso caballero es don
dinero.*

(Quevedo y Villegas).

Consideraciones generales

De la lectura de estas citas o epígrafes, de tan variada intención y procedencia, podría pensarse que insinuamos la aparición del dinero como el comienzo de la organización social, tal como si los hombres lo hubiesen llevado siempre en el bolsillo o en lo que hacía sus veces en la lejanía del tiempo. En manera alguna ha sido esa nuestra intención, porque para llegar a aquel la humanidad hubo de pasar por las más complejas circunstancias y experimentar arduas dificultades para acomodarse al destino que le iba trazando inexorablemente pautas y caminos.

En la búsqueda de este precioso y peligroso elemento, pero sin entrar aún en sus interioridades, bien vale reproducir lo que pensaba Luis Valle de la Cerda sobre el trueque y la inevitable concurrencia de la moneda: "Antes de que hubiese moneda, cuando no se pasaban los golfos, ni se entraba en las entrañas de la tierra con hambre de oro, tratábase sólo de trabajarla y cultivarla y apacentar animales. Y a la cosecha de los frutos y trocando unas cosas por otras, vivían y se sustanciaban las gentes sin que sirviése de precio otra cosa, para la cosa deseada, sino aquella que el otro deseaba con el gusto del que la tenía. Y entonces quien más traba-

jaba más variedad de frutos cogía y gozaba más del beneficio de la permutación, sabiendo que la tierra y diligencia habían de dar la materia abundante que deseaba para hacer sus permutaciones. Pero hallando en ésto confusión, ora fuese por el trabajo conque los caminantes habían de llevar las cosas conque habían de vivir trocando, o porque no se concordaba tan fácilmente con el trueque, inventaron por artificio y modo de gobierno bien sutil una sola cosa por la cual se trocaran todas en esta vida, que fue la moneda, dándole precio apreciador y nivelador de la cosa deseada”.

A lo anterior podríamos agregar, que todo, por raro o elemental que sea, tiene siempre un valor relativo y que el valor real y efectivo no existe más que por el reflejo de la apreciación del hombre. Pero todo se va condicionando a los cambios de lugar, de tiempo y de poseedor y además está sujeto a las necesidades, a las modificaciones y a las circunstancias ocasionales. Y éstas, ya sean por voluntad del hombre, por mandato de la naturaleza o por una conjunción de las dos, tendrán siempre un concepto de utilidad. Pero esta cualidad, diríamos inevitable, estará siempre condicionada al error y a las incertidumbres de los juicios humanos. Obedecerá a necesidades imperiosas; a simples caprichos de la imaginación; a las más nobles pasiones o a las más ruines veleidades; a las creencias más elevadas o a las preocupaciones bajas e innobles.

Las consideraciones precedentes permiten deducir, que antes del dinero o moneda, los hombres crearon la noción de riqueza, y los ricos de ayer lo fueron por virtud exclusiva de sus propios esfuerzos, pues quien más trabajaba, más frutos y de mayor variedad cogía, y gozaba más del beneficio de la permutación. Pero ésta, en la medida en que se incrementaban la producción y las transacciones, se tornaba más compleja y confusa, especialmente para los ricos. Vinieron así las colectividades a practicar una serie de ensayos, basados inevitablemente en el empleo de las más diversas formas de expresión, acordes generalmente con los elementos más vinculados a su actividad económica y propios del medio en que desarrollaban su existencia: “Plumas, conchas de mar, colmillos de animales, ruedas de piedra, clavos, ganados, sal, esclavos, etc. “Pero ayer como hoy, y seguramente mañana, las colectividades, identificadas por sus propios nombres y regiones, se valen de productos raros y valiosos y los hacen anhelar unos más que los otros, con mayor sentido de universalidad. En el pasado, los griegos, grandes comerciantes, hicieron valer la sal, artículo escaso y valioso, como

elemento fundamental para la permutación con los demás pueblos; los romanos, a su vez, daban a los soldados una ración suplementaria de sal, el *salarium*, que dio origen a la palabra *salario*, trascendental en el curso de los procesos económicos; Creta y Egipto, grandes productores de trigo, lo emplearon tan activamente en sus transacciones, que aún llegaron a aceptarlo, en pago de impuestos y gabelas; en Colombia, antes de la llegada de los europeos, las tribus muiscas de la gran meseta cundiboyacense, ejercieron monopolio riguroso de la sal sobre los demás pueblos aborígenes. Los españoles, a su turno, lo aplicarían con gran éxito conquistador, sobre las zonas pobladas por indígenas en la región central del país. En la China, para terminar lo concerniente al pasado lejano, la piel de los ciervos de color blanco, fue moneda superior. En la época que podemos considerar moderna (1620), en los Estados Unidos de Norte América, con tabaco se cubría el Presupuesto del Ministerio de Cultos y se pagaba a los funcionarios públicos. Pero, además de estos datos, Laboulaye, en su historia de los Estados Unidos, registra que la Compañía Concesionaria de Tabaco, "consignó al Estado de Virginia, todo un cargamento de mujeres puras e inmaculadas, que ésta dio a los colonos en matrimonio mediante 120 a 150 libras de tabaco, per cápita. "En terranova, por largo tiempo, fue moneda corriente el bacalao. En España, aún hoy en día, hay ciertas regiones en donde los servicios del médico y del maestro de escuelas, se pagan en frutos, géneros y animales. Y para cerrar este tema, por demás curioso, agregaremos que en la actualidad, la moneda, tan fuerte en ciertos países como Estados Unidos de Norte América, Alemania Federal, el Japón, etc., depende hoy más que nunca de la bondad de su producción industrial, que inunda y domina todos los mercados del mundo, mediante especializaciones de bienes, que casi no admiten rivalidad.

Especulaciones sobre la moneda

La mayoría de los historiadores coinciden en apreciar que la civilización ofrece condiciones y circunstancias, por lo general, muy diferentes de unas zonas a otras del planeta tierra. Han otorgado, sin embargo, la importancia que justamente se merecen el Continente Asiático y sus privilegiadas regiones de Mesopotamia, China, India y el Asia Menor, así como Egipto en el norte africano. De allí, según los más autorizados comentaristas, surgieron los focos culturales del mundo antiguo, que tanta influencia ejercieron sobre el

destino de la humanidad. Esto nos induce a pensar, que sin desechar otras fuentes culturales, fue en estos cinco focos donde la moneda halló campo más propicio para su nacimiento, desarrollo y expansión, en una forma que podríamos calificar de más racional, de mayor circulación, más duradera y funcional. Esta lucubración tiene en su apoyo el desarrollo cultural, la explotación metalúrgica avanzada, el activo comercio y la mayor intercomunicación de unas zonas a otras por intermedio de rutas terrestres, fluviales y marítimas, que enlazaban todos los centros activos, dinámicos y productores de riqueza.

Grecia, cuya posición geográfica la convirtió en el centro del comercio entre oriente y occidente, hizo de sus gentes mercaderes natos. Antes de Cristo, hacia el siglo V, la moneda ateniense dominaba el mundo comercial, gracias a sus ricas minas de plata de Laurium. Hasta cuando Alejandro Magno se hizo señor del mundo antiguo, las "Lechuzas" atenienses fueron las monedas de mayor circulación. Aristófanes en su comedia "Los Pájaros" nos deja entrever el papel que desempeñaba esta moneda en su época: "Verás primero en tus cofres vacíos las lechuzas verdaderas —de las minas de Laurium, familiares como aves domésticas— Descansando entre bolsas y bolsillos, tranquilas en sus nidos. Impasibles, creando y empollando pequeñas nidadas de intereses".

Mientras no intervino Temístocles en el 482 antes de Cristo, era costumbre conceder una gratificación anual de estas preciosas minas a cada ciudadano ateniense. Temístocles logró convencerlos para que dedicaran este dinero a la construcción de una gran armada. Esta, fuerte de 300 naves, inflingió dos años después tremenda derrota a los persas en Salamina.

La dura moneda griega originó una nueva libertad, pues como los pagos no debían ya hacerse en especies, la gente podía gastar el dinero en lo que deseara. Cuando algún tiempo después Roma conquistó Grecia y se adueñó de sus grandes centros mercantiles, empezó a usar monedas de plata, grabadas al estilo helénico. H.G. Wells comentó a este propósito: "El dinero hizo que los romanos dejaran de pisar tierra firme". Su expansión hacia oriente fue más que todo la búsqueda de tesoros encerrados en grandes cámaras y templos de propiedad de poderosos monarcas.

Este factor nuevo y desenfrenado, abundaba unas veces y otras escaseaba. Los hombres no lograban encauzar su curso caprichoso.

Taimada y cruelmente desaparecía del mercado, para reflejar su fatal efecto sobre los precios de las cosas, cuando volvía a circular. El enriquecimiento de unos pocos y el empobrecimiento de otros muchos, comenzó a generar el descontento que habría de acompañar a todas las sociedades y generaciones del mañana. Desde entonces también surgió la propaganda política a través de la moneda. Los césares romanos hicieron imprimir su efigie sobre el anverso de tan precioso objeto, y en el reverso, símbolos que ensalzaban sus hazañas y conquistas o simplemente la reproducción de templos y palacios que se alzaron durante su poder hegemónico. Este desfile de rostros e imágenes habría de acompañar la historia de la moneda en todos los tiempos por venir. La riqueza y la fuerza han creado las monedas fuertes; la penuria y el subdesarrollo han forjado siempre las monedas débiles.

Cambios fundamentales en la vida del hombre comenzaron a operarse. Nacieron vocablos y expresiones para testimoniar las nuevas manifestaciones sociales: "usura, ahorro, créditos, intereses, documentos de cambio, seguros, riesgos, pagarés, letras, banca, empréstitos, quiebra, fraude, limosna", etc.

Avanzando un poco más, el curso del dinero nos procura la más variada y extraña gama de acontecimientos y sucesos que influyeron en los destinos de la humanidad, en su hora y en su momento cruciales. Los siglos XVI-XVII acusan quizás el primer paso trascendental hacia el capitalismo que gobierna el mundo. Ellos constituyeron sin duda la plataforma de lanzamiento de los sistemas comerciales modernos. Fue entonces cuando los comerciantes emplearon formalmente sus propios capitales e iniciativas. Compraron materias primas y las dieron a los campesinos en sus "hogares" para que las transformaran. Con esta trascendental incursión en el sistema económico que regía el mundo de entonces, se acrecentó el empleo del dinero en forma de papel. Los pagarés, cobrables a su presentación, impulsaron las transacciones comerciales. En Inglaterra e Italia se organizaron las casas de banca alimentadas vigorosamente por el influjo incesante y presuroso de los signos metálicos que demandaban guarda, seguridad y circulación dinámica para pasar de unas manos a otras. Se abrieron paso el seguro comercial y las compañías de accionistas. Se iba preparando así la Revolución Industrial. Pero el papel moneda constituía un grave peligro por el manejo de cantidades enormes, que podrían llevar la ruina a naciones enteras. El primer acontecimiento espectacular lo constituyó

la famosa "Burbuja del Misissipi", creación de John Law, reputado genio financiero. Su trampolín fue la lejana Louisiana Americana. La segunda la fraguó la invasión de los "billetes asignados" durante la Revolución Francesa, que se tradujo en la más impresionante inflación, una vez que no se pudieron cobrar más impuestos y el metálico se acumuló. Pero la mayor catástrofe financiera la experimentó Alemania en la Primera Guerra Mundial. Fue ésta la peor bancarrota de todos los tiempos modernos, y por su extensa brecha se coló la inevitable devaluación. De ahí en adelante se intensificaron, en gran parte causadas por la circulación simultánea de monedas de diferentes metales, que justificaron la frase famosa de Thomas Gresham: "El dinero malo hace desaparecer el bueno", porque las monedas de mayor valor se atesoran.

Para remediar la escasez de metales preciosos, los ojos dolientes de los europeos se volvieron hacia la alquimia, para transformar, según confiaban ellos, los metales comunes en oro. Pero la escasez de los metales preciosos, pese a los experimentos de los alquimistas, terminó por imponerse. El célebre escritor Somerset Maugham acuñó una frase feliz a este propósito: "El dinero es como un sexto sentido, sin el cual no pueden utilizarse los otros cinco restantes".

El hombre y sus fantasmas

Se dice, y ha sido siempre propicio a la leyenda, que hay muchas cosas que tienen existencia real, que viven próximas o lejanas al hombre, pero que éste no conoce ni ha intuido jamás, pese a su extraordinaria versatilidad. Ella lo ha llevado a crear seres y animales fabulosos, que aun cuando nunca han existido, lo han acompañado, formando parte de su vida desde tiempos muy lejanos, ocupando un lugar como por derecho propio en su literatura, en sus textos religiosos, en sus diccionarios y enciclopedias y en su inagotable imaginación. En el vasto mundo que constituye su reino y en donde se agita siempre descubriendo a cada paso cosas no reveladas a sus antepasados; desentrañando su origen y naturaleza; aprovechando sus condiciones, ya sean éstas buenas o malas; sojuzgándolas y poniéndolas a su servicio, se ha llegado a especular que él, el soberano del planeta tierra, constituye parte o es prolongación de la divinidad religiosa, por generaciones sucesivas, desde la oculta y sombría caverna de la prehistoria, en las populosas y muertas ciudades de las civilizaciones extinguidas, hasta las monstruosas urbes contemporáneas. Pero no obstante su inmenso poder

intelectual, hay muchos seres y cosas que forman parte preciada de su existencia, cuyo origen no ha logrado establecer plenamente. Entre ellos debe ocupar lugar predominante el oro, el prodigioso metal, imprescindible hasta ahora en su inquieta existencia.

Las riquezas y el oro

Aun cuando los humanos han personificado en el oro el causante de tantos infortunios, desdichas y tragedias sin cuento preciso es admitir, que el frío y amarillo elemento sólo ha sido un medio, un instrumento para que el afán de placeres, la avaricia, la usura, el fasto y la opresión de los unos sobre los otros, se cumpla inexorablemente a través de todos los tiempos de la ya larga existencia del inquieto personaje de la historia. Pero en vez de juzgar y culpar al oro, ¿No sería más justo señalar como causante, la riqueza? ¿No será acaso el ansia y el afán de poseer los bienes y placeres el motor que impulsa las bajas pasiones?

El inmortal Virgilio lo estigmatiza cuando dice: "El maldito apetito del oro". Y el fabulista, a su turno, concluye que "ni el oro ni los tesoros nos hacen felices". Reginald P. Hopkins se pregunta: "Si los humanos sólo hubiesen conocido la plata, o si —acaso aún más peregrino—, hubiesen escogido por patrón monetario el platino, el plomo, estaño, o cualquier otro metal, ¿Nó por eso habrían sido menos ávidos, menos egoístas o menos despiadados con los débiles"?

El genial Tomás Moro le endilgó al oro en su "Utopía" cierto desdeñoso papel, en su intento de crear una sociedad libre de las bajas pasiones. Allí, cuenta, que en "idílico e imaginario país, las gentes, para hacer patente su desdén por los metales preciosos, constrúan de oro sus muebles y utensilios destinados a los usos menos publicables".

Es apenas lógico aventurar, que el curso del oro y de la riqueza constituyen procesos distintos, como observamos ya al comienzo de este ensayo. La pasión, la violencia y el quebrantamiento de los derechos humanos, campean y saturan momentos cruciales, épocas de horror y de espanto, cuando afloran los yacimientos y el metal rutilante deja ver su faz amarillenta a los ojos ansiosos y febriles del minero, del desprevenido transeúnte o del incansable agricultor que sudando remueve la tierra en busca de sustento.

El oro y la comunicación

La aparición y existencia del amarillo metal han movilizad todos los medios de información para llevar al conocimiento humano los grandes hechos que él ha traído consigo. Desde la literatura truculenta, mediante novelas, periódicos, revistas, folletos, historietas, obras cinematográficas y teatrales, cuentos, radio, televisión, poesías, etc., hasta llegar a la historia, el oro ha permitido extraer un caudaloso material de aquellos ambientes plenos de pasión, de violencia y de ambición, que brindaron las planicies californianas, los desiertos sudafricanos, los valles y llanuras australianas, las montañas canadienses, las elevadas cumbres andinas y tantos otros lugares testigos de la acción depredadora del hombre. ¡"Cuánto fango, cuánta sangre y cuánta maldad, enturbiarían si fuera posible verlas con los ojos terrenos, el brillo rutilante de los lingotes fundidos en las factorías de afinaje"! El oro ha lanzado a los hombres de las distintas regiones unos contra otros para aniquilarse y gozar de los despojos del vencido. Su brillo prodigioso condujo a Pizarro a la conquista del Perú y a la destrucción de un mundo aborígen, que testimoniaba como el mexicano que avasalló Cortés, una notable civilización en potencia. Los corsarios argelinos, ingleses, franceses y holandeses tiñeron con el rojo de la sangre el azul del Mediterráneo, del Atlántico y de los demás mares que transitan los hombres. Todo este desfile sangriento, esta danza macabra, ha constituido el placer de voraces lectores, cineastas impenitentes, radio-escuchas, telespectadores.

El lado bueno del oro

Frente a tanta crueldad y barbarie, en contraste, el oro ha prestado muchos servicios a la humanidad: "El metal amarillo, sumamente pesado bajo un pequeño volumen, y, de un valor elevadísimo en proporción a un peso ínfimo, ha representado el ideal monetario durante muchos siglos". El fue el vehículo que impulsó la extensión del comercio a límites insospechables. La historia, fascinante por las conclusiones que aporta a nuestro juicio y clarividencia, nos permite deducir por ejemplo, que Roma sin el concurso del oro no hubiese llegado a convertirse en la primera potencia mundial del tráfico y en el más poderoso de los pueblos del orbe conocido. Fue, gracias al genio político de Julio César, que tomó como base de su sistema monetario el "patrón oro". Tras su estela dorada "afluye-

ron a los puertos romanos los granos de Sicilia, de Argelia y de Egipto, las sedas, los perfumes y las pedrerías del Asia Menor, la púrpura de Tiro, el ámbar del Báltico y las lanas galesas y españolas". El parece ser el punto de partida de todos los grandes descubrimientos geográficos, de todas las aventuras, de todas las empresas heroicas. El ha llevado adelante el progreso y conducido con mano maestra el estandarte de la civilización a regiones casi perdidas en la lejanía y sumergidas en la ignorancia. Sin embargo, podría aducirse, tras las experiencias, como bien lo anota el poeta, que a mayor conocimiento, mayor dolor y angustia. Y para terminar su elogio, recordemos que el polvo aurífero de las montañas del Cáucaso fue el que impulsó al legendario navío "Argos" para llegar a la fabulosa "Cólquida". Pero a los que iban en él, los argonautas, no les guiaba el interés por el "Vellocino de Oro", sino el oro mismo, que conocían de oídas por navegantes y comerciantes. Y tras ellos vendrían luego en busca del rutilante metal, las colonias milanesianas, los mercaderes griegos, las galeras romanas y las galesas genovesas y venecianas. Y así, el codiciado metal seguiría agujijoneando la fantasía y la ambición de muchos otros, hasta alcanzar los confines del mundo maravilloso que les revelaría Marco Polo en el "Millione".

La atracción del oro

Hay también mucho de aventura romántica y apasionante en la ruta luminosa que marca el destino del oro: riquezas fabulosas; playas lejanas y solitarias; de mares apenas explorados; junglas espesas y casi impenetrables; cavernas y cuevas recatadas o escondidas, en islas perdidas, fuera de los derroteros marinos, y mapas indescifrables y misteriosos. Y para ser consecuentes con el antiguo refrán minero de que "el oro está donde lo encuentras", la inquietante caza de tesoros ocultos sólo está reservada a gentes enérgicas, perseverantes y ambiciosas, en las que debe predominar siempre el espíritu de aventura y de suspenso; en las que el fracaso no haga mella para poder seguir siempre la ansiada búsqueda, sometidos a las peripecias propias e inevitables que suelen rodear cada una de sus empresas. Aún el fracaso puede constituir en ellas un nuevo incentivo. Millones incalculables de dinero se han invertido en infructuosos intentos de recuperación. De arriba abajo, inútilmente, se han registrado fortalezas, castillos, catedrales y conventos en todas las regiones del mundo conocido. Y palmo a

palmo, con azadas y picos, los buscadores han removido tierra en las Islas del Caribe y en las Baleares en busca de doblones españoles y moidores portugueses supuestamente enterrados por Morgan, el capitán Kidd, Teach y Bocanegra. En las profundidades de los mares y en el fondo de los grandes lagos, los peces han debido contemplar asombrados a seres provistos de escafandras autónomas, tratando de rescatar el oro y las joyas de barcos naufragados en furiosas tormentas o escondidos por sus mismos poseedores para salvarlos de la rapacidad de sus semejantes.

La mitología, los libros santos y las leyendas no se olvidaron del oro

En el Antiguo Testamento, el primer monumento escrito del pasado, el testimonio del oro se hace presente en las empresas de gran magnitud o dorando los cortes de las viejas y nobles ediciones. El "Exodo", en su capítulo XXV, nos refiere que el pueblo en marcha, el pueblo vagabundo, el pueblo elegido por Dios, se detiene por fin frente al Monte Sinaí. En su cima el señor instruye a Moisés sobre la construcción del Tabernáculo que ha de guardar las Tablas de la Ley. Desde este mismo ya parece refulgir el metal amarillo con abrumadora y deslumbrante prodigalidad. Y el texto continúa: "Di a los hijos de Israel que separen para mí las primicias u ofrendas...". En su dictado comienza el señor con el oro y continúa con la plata, el cobre, los bellos tapices de color de jacinto, de púrpura y de grana, con pieles de carnero teñidas de rojo y morado, maderas de setin, aceite para las lámparas, aromas para el óleo santo, ónices, cornalinas y otras pedrerías. Pero el oro es allí el "leit motiv". Y Jehová prosigue: "Formareis una arca de madera de setin, que tenga de longitud dos codos y medio y medio de anchura y de altura otro codo y medio. Y lo cubrireis por dentro y por fuera con planchas de oro purísimo y encima labrareis una cornisa de oro alrededor... Y pondrás cuatro anillas de oro en los cuatro ángulos del arca. Y harás también unas varas de madera de setin y las cubrirás igualmente con láminas de oro. Y las meterás por las anillas de oro que están en los lados del arca. Y pondrás en el arca las Tablas de la Ley que yo te daré...". Y las órdenes de Jehová prosiguen hablando de oro purísimo y más oro para los demás componentes del arca. Pero ocurrió, que mientras el señor hablaba a Moisés, los hebreos pensando que Moisés no regresaría nunca más, construían a su turno un Becerro de oro con los pendientes de las orejas de sus esposas, hijas e hijos.

El oro prosigue a través del tiempo estimulando y alimentando las más bellas leyendas que ha forjado la inquieta y fecunda imaginación de los hombres. En las de Wotan y Alberico, Sigfrido y Mino, las potencias tenebrosas de la tierra y las fuerzas luminosas del cielo, luchan sin descanso por la posesión del "Rheingold", el oro cabrilleante que duerme bajo las aguas del Rin. Un cordero de oro, robado por Tieste a Atree, es el origen de los espantosos infortunios que afligen a la familia de los Atridas. Por un collar de oro de irresistible fascinación, traicionó a su esposo la veleidosa Erifile. Y qué no decir del célebre rey Midas, hijo de Cibeles, que reinó sobre la Frigia, Macedonia y algunos pueblos del Asia Menor, y a quien el vengativo Apolo, no obstante que aquél era protegido de Baco, dotó del más soberbio par de orejas de asno de todos los tiempos, por haber fallado como árbitro, en su contra, en un concurso musical celebrado entre él y Pan. Pues bien, este monarca legendario, por voluntad de Baco, tuvo el don de transformar en el más puro oro todo lo que tocaba. Pero como hasta sus alimentos se tornaban en oro, Baco accedió a relevarlo de tan tremendo privilegio y le ordenó para ello que se bañase en las aguas del río Pactolo, que a partir de aquel instante arrastró tales cantidades de polvo aurífero, que su superficie se tornó en un manto completamente dorado.

El oro, factotum de inquietudes y origen de muchos fenómenos sociales

Es propio de algunas personas ignorar la distribución del oro entre los diferentes países, las razones de sus movimientos migratorios y los motivos de su atesoramiento. Esta ignorancia es razonable porque tales distribuciones y movimientos constituyen fenómenos originados en muy diversas causas: comerciales; financieras; psicológicas; especulativas; monetarias; puramente administrativas; industriales; coleccionistas; utilización de tesoros; pagos de excesos de importación, exportando oro recién obtenido, y muchos otros que engendra la evolución inevitable de los sistemas políticos y económicos. También cabe observar, que algunos de los anotados

fueron propios de ciertos períodos, que no han vuelto a repetirse hasta el momento, como el de la explotación colonial mediante ocupación territorial y la intensa producción aurífera en ciertas épocas, cuando se descubrieron los grandes yacimientos de California, Australia, Africa y la América Hispano-Portuguesa, entre otras.

El oro, según algunos tratadistas, no ha sido en realidad más que una mercancía, sometida desde luego a leyes acordes con las modalidades económicas propias de los procesos de la inexorable historia de la humanidad. Cosa distinta opinan aquéllos que aprecian los factores sociales y económicos bajo el punto de vista de la concepción marxista-leninista. Las variaciones del metal amarillo que hasta hace muy breve tiempo no se expresaban en signos monetarios, sino en "busnels" de trigo, en toneladas de petróleo o en balas de algodón, ha comenzado a alterar fundamentalmente sus proyecciones económico-financieras y su poder adquisitivo, bajo el imperio de traficantes, especuladores y magnates de los oligopolios y mafias multinacionales. El oro dejó de ocupar su posición preponderante en la regulación de los sistemas monetarios y va adquiriendo plenamente el carácter de valiosa mercancía y de materia prima para fines industriales, dentro de una gama de aplicaciones, que va desde la orfebrería hasta los más complejos y variados productos químicos. Sin embargo, en ciertos países, barras de oro reposan aún en las bóvedas de bancos y en seguras fortalezas. El argumento más sólido en contra de su antiguo carácter de garante de divisas o medio circulante, es el de que la moneda está plenamente respaldada en la gran producción de bienes de toda condición y características.

Para cerrar este ensayo tan limitado, bástenos decir, que aquel que en un tiempo, por cierto muy extenso, fue el rey de los metales, ha venido cediendo su trono a otros que como el platino, son más difíciles de obtener en cantidad y que han llegado a ser más preciosos para fines estratégicos que el oro. Con todo, estos nuevos elementos registran bruscas fluctuaciones cuando su oferta es abundante. Por no disponer de estadísticas más recientes, vale consignar que la producción del oro en 450 años, de 1492 a 1942, en cifras

reconocidas como auténticas, ascendió a 50.000 toneladas. La mitad en ese entonces se hallaba representada en forma amonedada o en barras; una tercera parte fue usada en la fabricación de joyas; el resto, quizás nunca podrá saberse a donde fue a parar. Su símbolo es "AU", su peso atómico, 197.2; su número atómico, 79; su punto de fusión 1.060° y su punto de ebullición, 2.610°. Su resistencia química es mayor que la de todos los metales comunes. Puede batiarse hasta forjar hojas de 0.0001 mm. de espesor, llamados panes de oro, ideales para hacer los letreros dorados de escaparates y puertas de vidrio de comercios y oficinas; para trabajos de decoración; encuadernaciones; para dorar marcos y trabajos experimentales de electricidad y muchas otras aplicaciones de la más diversa índole.

BIBLIOGRAFIA

Hopkins, Reginald P. *La Historia del Oro*. Editorial Bruguera.

Torrelas, A. Alberto. *Historia de la Moneda*. I. G. Seix Barral Hermanos, S. A. Editores.

Stanffer, Alfred. *Tesoros ocultos*. Ediciones G. P. Barcelona.

Seiler, Ned. *Historia del Dinero*. Organización. Editorial Novaro, S. A.